

LA GRAN DIFERENCIA?

# TRADUCCIÓN



## LA GRAN DIFERENCIA\*

Por: Prasannan Parthasarathi

Traducción del inglés:  
Jesús R. Bolívar Bolívar,  
Magíster en Historia  
Universidad Nacional de Colombia  
Profesor Departamento de Historia,  
Universidad del Atlántico.\*\*

The Rise of the Western World: A New Economic History, The European Miracle, The Wealth and Poverty of Nations<sup>1</sup>. Los trabajos anteriores intentan resolver un gran problema de la historia moderna: ¿por qué son tan diferentes en términos económicos Europa y las grandes sociedades asiáticas? A pesar de que dichos trabajos difieren ampliamente en sus análisis y conclusiones, al igual que otros escritos sobre la problemática, están de acuerdo que Europa y Asia se desarrollaron de manera muy diferente. La diferencia está en qué originó el despegue europeo hacia la industrialización y un crecimiento sostenido: ¿el reino de las mentalidades (racionalidad, creatividad tecnológica); las instituciones económicas y políticas (derechos de propiedad, capitalismo); o las condiciones demográficas y geográficas (protección contra los desastres, bajas tasas de nacimientos)? No inesperadamente, especialistas en el estudio de la historia europea y en menor medida de Norteamérica, enfatizan el rol de la producción. Aunque han contribuido poco al debate, algunos historiadores asiáticos también apuestan al excepcionalismo europeo<sup>2</sup>.

Sin embargo, la creencia en la diferencia europea ha venido siendo cuestionada y muchos de esos cuestionamientos provienen de historiadores especialistas en Asia, principalmente de India y China. Hace casi veinte años, en las páginas de Past and Present, Frank Perlin describió un amplio y similar mundo de relaciones monetarias y comerciales que cubrió a Eurasia desde el noroeste de Europa hasta el sur de China, pasando por India, sureste asiático e incluso el oeste de África. La investigación de Perlin, C. A. Bayly y otros ha modificado totalmente nuestra visión de los comienzos de la modernidad india, visión muy poco parecida al panorama histórico que teníamos hace una generación y nos ha mostrado poderosos símiles con el desarrollo histórico de Europa. Más recientemente, Jack Goody, ha pulverizado las durante largo tiempo incuestionables exclusividades europeas sobre la racionalidad y las prácticas económicas. Mas recientemente, Andre Gunder Frank ha sostenido un poderoso argumento sobre la importancia central de China en la economía mundial durante los siglos XVI y XVIII. La importancia de esta investigación reside en demostrar que ya no es muy creíble que existieran grandes diferencias entre Europa y Asia como se creía en el pasado. En consecuencia, toda la visión sobre el desarrollo económico de Europa puede ser replanteada.

\* Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy* (Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2000), x, 382 pp. Agradezco a James Cronin, Robin Fleming y Kevin Kenny por sus comentarios a una primera versión de este ensayo.

\*\* Este artículo apareció en la revista *Past & Present a journal of historical studies*, Nº 176, August 2002, Published by Oxford University Press.

1 Douglass C. North and Robert Paul Thomas, *The Rise of the Western World: A New Economic History* (Cambridge, 1973); E. L. Jones, *The European Miracle: Environment, Economics, and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, 2nd edn (Cambridge, 1987); David S. Landes, *Wealth and Poverty of Nations: Why some Are So Rich and Some So Poor* (New York, 1998).

2 El número especial de *Journal of Economic History*, 'Capitalism and the Extent of its Early Development outside Europe', muestra una temprana creencia en el excepcionalismo europeo. Consultar, *Journal of Economic History*, xxix (1969). Ello puede contrastarse en un especial de la revista *Daedalus* sobre las 'Early Modernities' que vivieron muchas regiones del mundo pero ahora ese fenómeno se ve como formas de modernidad paralelas a la transformación vivida en Europa. Ver, *Daedalus*, cxxvii (1998).

En este debate histórico, ha surgido oportunamente el texto *The Great Divergence* de Pomeranz quien posee gran autoridad para opinar sobre el tema pues además de especialista en historia china, igualmente conoce profundamente la historia económica de Europa moderna y el sur asiático<sup>3</sup>.

La primera parte de la obra de Pomeranz establece un gran paralelo entre las prácticas económicas y los estándares de vida de Europa y Asia durante el siglo XVIII. Las limitaciones para conseguir datos llevan forzosamente a Pomeranz a establecer la operación anterior. Por ejemplo, compara la capacidad de transporte alemán y el norte de India, el suministro de combustible en Francia, Lingnan y norte de China y Europa. No obstante, sus comparaciones contribuyen poderosamente a refutar la creencia que Europa noroccidental poseía una gran ventaja económica frente a las regiones más avanzadas de Asia, especialmente China, Japón, India y el sureste asiático. Pomeranz ha organizado evidencias para mostrar que la expectativa de vida, índices salariales y de consumo, tanto normales como lujosos, eran muy similares en ambas regiones de Eurasia. Muestra igualmente que los derechos de propiedad territoriales y los recursos financieros no fueron esencialmente diferentes y que la distribución y el rol de los mercados y la actividad mercantil poseían una gran similitud. Por lo tanto, concluye que los mercados asiáticos eran eficaces mecanismos para la asignación de recursos. Finalmente, demuestra que las habilidades tanto del capital humano como físico, no divergieron mucho en Occidente y Oriente. A partir de la constatación de esa gran similitud, Pomeranz reinterpreta la diferencia de Europa y en particular de Gran Bretaña aunque tendrá grandes problemas para diferenciar ambas partes en la segunda fase de su obra.

Para Pomeranz, la clave de la diferencia económica estuvo en la habilidad para superar las limitaciones ecológicas impuestas por la cantidad de tierras disponibles. Esta limitante la tuvieron tanto áreas europeas como chinas, especialmente Gran Bretaña y el bajo valle del río Yangzekiang en cuyas formas geográficas se encuentra el núcleo de su argumento. Las limitantes asumieron varias formas: escasa madera, suministros para la producción de fibras textiles, y, lo más importante en el argumento de Pomeranz: la obtención de energía o combustible. A partir de ese cuadro, Pomeranz se pregunta por qué Gran Bretaña pudo superar en el siglo XIX exitosamente dichos obstáculos y la región del Yangzi no lo consiguió.

Pomeranz resuelve el problema acudiendo al método de las comparaciones recíprocas que retoma de R. Bin Wong<sup>4</sup>. Según Pomeranz, dicho método permite apreciar ambos análisis comparativos como "desviaciones" al colocarse en la óptica del otro evitando la costumbre de tener siempre un solo ángulo de observación<sup>5</sup>. La tarea entonces es "investigar las carencias, circunstancias y obstáculos que apartaron a Inglaterra del camino que debieron tomar los habitantes del delta del Yangtze o Gujarat, a la par que se analizan las condiciones que impidieron a las áreas no europeas adoptar caminos similares para alcanzar el éxito de ellas"<sup>6</sup>.

Consecuente con su método, Pomeranz arguye que hubo dos factores claves para que Gran Bretaña rompiera el impasse ecológico. El primero --desarrollando un argumento de E. A. Wrigley--, hubo suministros de hulla, con lo cual se reemplazó la madera en los decisivos procesos industriales, algo crucial en la producción férrea y la máquina de vapor<sup>7</sup>. El segundo aspecto radicó en las complejas plantaciones del

3 Frank Perlin, 'Proto-Industrialization and Pre-Colonial South Asia', *Past and Present*, N° 98 (Feb. 1983); C. A. Bayly, *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of European Expansion, 1770-1870* (Cambridge, 1983); Jack Goody, *The East in the West* (Cambridge, 1996); Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age* (Berkeley, 1998).

4 R. Bin Wong, *China Transformed: Historical Change and the limits of Europeans Experience* (Ithaca, 1977).

5 Pomeranz, *The Great Divergence*, 8.

6 *Ibid.*

7 E. A. Wrigley, *Continuity, Chance and Change: The Character of the Industrial Revolution in England* (Cambridge, 1988).

Nuevo Mundo, con lo que se obtuvo calorías baratas en forma de azúcar, al igual que garantizó abundante y barato algodón para los molinos de Manchester<sup>8</sup>. Por el contrario, China, fue incapaz de superar la limitación ecológica señalada arriba.

En el siglo XVIII la mayor densidad poblacional china estaba en el valle del Yangtze-kiang, bien lejos de las zonas carboníferas. Este mineral, abundante en el norte de China había sido explotado eficientemente en una era anterior cuando el centro político chino y sus poblaciones vecinas estaban bien comunicadas. Pero en el siglo XVIII, sin embargo, esos abundantes depósitos carboníferos quedaron inexplorados. Además, a diferencia de Gran Bretaña, el valle del Yangtze-kiang no tuvo acceso a los recursos de la periferia que le proporcionarían baratos y suficientes recursos agrícolas para complementar su propia producción. Como resultado de todo esto, China sucumbió en el siglo XIX por las presiones demográficas y su economía entró en una fase declinante. Según Pomeranz, este panorama del siglo XIX y parte del XX es el que ha quedado grabado incorrectamente en los historiadores sobre el pasado chino.

## II

Las similitudes que Pomeranz estableció entre China oriental y Europa occidental para el siglo XVIII son inestimables. Combinó una cantidad impresionante de datos realizando un sofisticado uso de los mismos. Su tesis obliga a corregir muchas de las ligeras aseveraciones acerca de una superioridad europea e igualmente deberá ser valorada en futuras producciones sobre el desarrollo de Europa y Asia. Globalmente considerados, sus aportes representan una contribución seminal a la historia económica de Eurasia. No obstante, sus argumentos del por qué China y Gran Bretaña se diferenciaron económicamente son más problemáticos.

Primero, hay problemas con el método de las comparaciones "recíprocas". Es meritorio reconocer los defectos de asumir la vía europea como la "normal". Sin embargo, al concluir que por la falta de hulla y el Nuevo Mundo, el camino europeo pudo haber sido imitado de China (o al revés) se dejan de lado muchos aspectos en los cuales China y Europa difieren; y olvida factores importantes que estuvieron en las diferencias. Pero las ausencias más sobresalientes están en el ámbito de la política. Hay una pequeña discusión sobre las políticas estatales, las cuales fueron decisivas en el desarrollo económico de Europa Occidental y en Gran Bretaña en específico. No hay mucha discusión sobre la fuerza laboral, salvo para decir que los mercados de la fuerza de trabajo fueron iguales de eficientes en ambas partes. Esa es una omisión significativa pues las políticas de disciplinas laborales son centrales en las numerosas explicaciones del cambio social y económico en la Europa moderna y por tanto, probablemente en la diferencia económica de la misma<sup>9</sup>.

Un problema adicional con el método de las comparaciones recíprocas es que involucra diferentes regiones de Eurasia que estaban aisladas e ignora importantes intercambios y relaciones que hubo entre ellas, especialmente en el comercio de productos manufacturados. Esto último involucró territorios de Eurasia y contextualizaba las actividades económicas en ambos lados pues las presiones económicas y oportunidades que los actores enfrentaban en varias partes de Eurasia eran radicalmente diferentes, tanto antes como después de que se presentaran las dos vías de desarrollo. Ignorando ese contexto o no enfatizándolo, Pomeranz presupone a telos, una especie de evolución inexorable hacia el progreso económico e industrial. Esta evolución se presentó en Gran Bretaña pero China no la vivió debido a la pérdida de ciertas condiciones esenciales. Sin embargo, esta opinión ha sido desvirtuada de manera creciente. Así, H. J. Habakkuk opinó

8 Pomeranz también puntualiza la afortunada suerte que tuvo Europa al recibir la plata de América.

9 Sydney Pollard, *The Genesis of Modern Management: A Study of the Industrial Revolution in Great Britain* (Cambridge, Mass., 1965), ch. 5; David Landes, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present* (Cambridge, 1969), ch. 2; E. P. Thompson, 'Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism', *Past and Present*, n° 38 (Dec. 1967).

hace casi cuarenta años, que "los diversos esfuerzos hechos para distinguir entre las 'precondiciones' o 'prerrequisitos' del crecimiento y autodesarrollo no me parecen muy fructíferos. Se ha demostrado que la mayoría de las cosas que se clasifican como 'precondiciones' no son sino consecuencias esenciales del crecimiento"<sup>10</sup>.

Segundo, la importancia que Pomeranz atribuye a la salida del impasse ecológico como clave en la diferencia de caminos puede ser equívoca. Se podría preguntar con prioridad lógica y temporal, ¿por qué Europa del noroeste vivió un salto revolucionario tecnológico a finales del siglo XVIII produciendo el efecto de una expansión de las posibilidades ecológicas. Exceptuando la máquina de vapor, Pomeranz de manera persistente resta importancia al efecto que el cambio tecnológico tuvo sobre el desarrollo económico europeo. Sostiene entre otras cosas: "El occidente europeo fue capaz de salir del cuello de botella proto-industrial y transferir trabajadores manuales hacia las modernas industrias cuando hubo disponibilidad tecnológica"<sup>11</sup>. Este párrafo le da una trascendencia fundamental a los obstáculos ecológicos y demerita tanto el rol decisivo que jugaron las innovaciones tecnológicas como el origen de las mismas. Pomeranz argumenta muy bien que dichos descubrimientos no fueron el fruto de una rivalidad entre la Europa dinámica y un estancamiento tecnológico asiático. Ni siquiera en el lapso 1750-1850 Asia experimentó cambios técnicos en la producción manufacturera, lo cual permite deducir que el nudo del problema estaba más ahí que en la superación de los cuellos de botellas ecológicos.

Otra dificultad en la apreciación ecológica de Pomeranz es la imposibilidad de explicar por qué las primeras medidas adoptadas en Europa fueron las de la expansión de las fronteras ecológicas. El simple hecho de disponer de recursos no es suficiente y el mismo Pomeranz advierte que el hierro era accesible en el siglo XVIII en Holanda "a un precio no tan caro como en Londres"<sup>12</sup>. Aun así, Holanda no se dirigió a la consecución de nuevos recursos más económicos. Pomeranz atribuye el fracaso holandés a "su extraño apego a exportar servicios comerciales, financieros y de seguros"<sup>13</sup>. Al respecto, podríamos agregar que en este período hubo una sobresaliente apertura de la economía holandesa impuesta por la alianza de comerciantes y banqueros que gobernaban la república de entonces. Sin embargo, a lo largo del libro Pomeranz es renuente a tomar en cuenta la función de los factores políticos y culturales en la diferencia que estableció Europa<sup>14</sup>.

Los descubrimientos no pueden entenderse como una respuesta a las presiones ecológicas, ya que gran parte de Europa no había llegado a dichos límites en el siglo XVIII. Por ejemplo, los factores ecológicos no parecen haber influido en la adopción de la hulla en la producción férrea británica. En la primera mitad del siglo XVIII, el precio de la hulla vegetal británica era estable, lo que sugiere existencias suficientes de madera. A mediados del siglo XVIII el precio del carbón vegetal empezó a incrementarse, estimulando la adopción de la hulla en la producción del hierro, pero dicha alza no sólo fue determinada por factores ecológicos. Charles Hyde demostró que los precios del carbón vegetal y el hierro colado se dispararon, producto --- según Hyde --- de una demanda repentina de hierro. Simultáneamente, los productores británicos de hierro eran incapaces de soportar los altos costos por las baratas y fluidas importaciones provenientes de Suecia y Rusia. Fue esa estructura de costos y precios que hicieron a la hulla más atractiva como materia prima en la producción del hierro<sup>15</sup>. En el campo de la alimentación, Gran Bretaña no parece haber tenido problemas en

10 H. J. Habakkuk, "The Historical Experience of Economic Development", en E. A. G. Robinson (ed.), *Problems in Economic Development* (London, 1965), 118.

11 Pomeranz, *Great Divergence*, 264 (el subrayado es mío).

12 *Ibid.*, 221.

13 *Ibid.*

14 El fracaso holandés continuó en el siglo XVIII, en llamativo contraste con Bélgica. Ver, Joel Mokyr, *Industrialization in the Low Countries, 1795-1850* (New Haven, 1976), chs. 2-3.

15 Charles K. Hyde, 'Technological Change in the British Wrought Iron Industry, 1750-1815: A Reinterpretation', *Econ. Hist. Rev.*, 2nd ser., xxvii (1974), 195-6. Consultar también a Charles K. Hyde, 'The Adoption of Coke-Smelting by the British Iron Industry, 1709-1790', *Explorations in Econ. Hist.*, x (1972-3).

el siglo XVIII. A pesar del amplio incremento en los precios del pan, producido no por escasez sino por disturbios políticos continentales durante las guerras revolucionarias y napoleónicas, el suministro del grano en 1800 era igual a los quince puñados per capita de 1750<sup>16</sup>.

A pesar de que Pomeranz acepta la estabilidad ecológica de Gran Bretaña antes de 1800, reiterativamente muestra una visión apocalíptica del desastre que pudo ocurrir, si la hulla y los plantíos del Nuevo Mundo no hubieran salvado a ese país de estrellarse contra el muro ecológico. El considera que, "sin el doble beneficio de la hulla y las colonias, Gran Bretaña pudo haber enfrentado el impasse ecológico sin una aparente solución interna"<sup>17</sup>. Apartando el problema de que tal afirmación no produce una hipótesis demostrable, -- después de todo, podemos especular acerca de qué pudo haber sucedido--, surge el interrogante, ¿esto representa una interpretación correcta de los desarrollos del siglo XIX?

Es cierto que la masificación de la hulla posibilitó tener una energía barata que rápidamente sobrepasó la basada en la madera y permitió un mayor rendimiento del hierro, la máquina de vapor y eventualmente de los trenes. Pero, ¿podríamos entender esto como la superación británica del impasse ecológico (algo no relacionado en primera instancia) o más bien, en sentido tautológico, como un fruto de la industrialización? En otras palabras, fue la adopción de la hulla lo que motivó la diferencia que asumió la economía británica o fue un efecto de otros cambios después de todo más importantes? Esos cambios pudieron incluir avances técnicos en la producción de hierro, lo que hizo posible el uso de la hulla y el incremento de los suministros férricos. Pomeranz tiene poco que decir acerca de mejoras técnicas en niveles de estampado, pudelación y rotación. Especialmente el último, fue crucial para la modernización tecnológica de producción de hierro y en la gran expansión que vivió Gran Bretaña en la industria férrica<sup>18</sup>. Carlo Cipolla, recrea la secuencia del cambio y parece tener mayor acierto al darle gran importancia al cambio tecnológico en la producción de hierro: "Podemos decir que la Revolución Industrial, al introducir la explotación de nuevas fuentes de energía en gran escala, cambió radicalmente los modelos de gastos energéticos de las sociedades humanas"<sup>19</sup>. No fue la simple existencia de hulla lo que amplió las posibilidades ecológicas sino el desarrollo tecnológico lo que posibilitó la generalización del uso de ella.

Igualmente, América del Sur proveyó fibras en cantidades mayores de las que se pudo haber conseguido en la misma Europa. Pero la necesidad de fibras a esa escala, y en especial el algodón, surgió de la revolución tecnológica británica. ¿Qué le pudo haber sucedido a Manchester si el algodón americano no hubiera satisfecho su demanda? Ese problema no tiene respuesta y podríamos especular eternamente que el algodón pudo llegar de Egipto, India, África Subsahariana o cualquier otra parte. Sorpresivamente, mientras Pomeranz repite reiteradamente que el bajo Valle del Yangtze-kiang no tenía una periferia que complementara su producción agrícola, le da poca importancia a las importaciones en gran escala que llegaban desde la India hasta Cantón a partir de 1780. Entre 1836 y 1846, (años con datos disponibles), las importaciones desde Bombay alcanzaron los 56 millones de libras anuales, con una adición de 25 millones de libras enviadas desde Madras y Calcuta<sup>20</sup>. (El total es aproximadamente igual a las importaciones de algodón británicas en 1815). Este dato es sorprendente en el aporte de Pomeranz pues con esta cantidad de algodón la región del Yangtze-kiang pudo superar los problemas mencionados. El comercio mostraba signos de debilidad desde los años veinte del siglo XIX, y los estudiosos atribuyen esto al creciente

16 Estos cálculos fueron hechos con base en datos de los Cuadros 4.1 y 5.1 de Roderick Floud y Donald McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain since 1700*, 2nd, 3 vols. (Cambridge, 1994), i, 64, 102.

17 Pomeranz, *Great Divergence*, 218.

18 Hyde, "Technological Change", 196-203.

19 Carlo Cipolla, *The Economic History of World Population*, 5th edn (Harmondsworth, 1970), 57. Subrayado nuestro.

20 Cotton Wool (India): A Return of the Quantity of Cotton Wool Exported from the British Possessions in India, *Parliamentary Papers*, 1847 (353), xli, 159-63. Consultar también a Louis Dermigny, *La Chine et l'Occident: le commerce à Canton au XVIIIe siècle, 1719-1833*, 3 vols. (Paris, 1964), iii, 1302.

aprovechamiento que Cantón tuvo de productos baratos procedentes de Manchester y América, lo que condujo a un declive por la demanda de materias primas<sup>21</sup>. Por lo tanto, el auge y crisis del comercio algodonero asiático plantean la necesidad de encontrar algo más que factores ecológicos en la explicación de la decadencia económica de China en el siglo XIX.

Como último aspecto tenemos el azúcar del Nuevo Mundo. No se puede deducir que si la agricultura británica de comienzos del siglo XIX fue incapaz de sostener el crecimiento demográfico (la producción per capita de granos en 1850 había caído a los diez puñados)<sup>22</sup>, el azúcar proveniente del Nuevo Mundo le permitió escapar de la inminente encrucijada ecológica. Luego de la abolición de la esclavitud en la tercera década del siglo XIX, la producción azucarera decayó en las colonias británicas occidentales, y para los años cuarenta, casi el 40 por ciento del consumo de azúcar en Gran Bretaña se satisfacía con lo que llegaba de África e India<sup>23</sup>. Aunque el azúcar jugara la función que Pomeranz le asigna, el mecanismo no se suscribía sencillamente a la explotación del Nuevo Mundo. Es más, las importaciones de azúcar no fueron el único rubro suplementario para la agricultura británica. Simultáneamente, Gran Bretaña estuvo importando a comienzos del siglo XIX cantidades apreciables de grano especialmente de Irlanda y posteriormente de Norteamérica y Europa Central y Oriental. Según algunos cálculos, el suministro personal de cereales fue estable entre 1800 y 1850, si se incluyen los datos de las importaciones<sup>24</sup>. Sin embargo, estas estadísticas de suministros cerealeros pueden ser interpretadas a la luz de la deprimida demanda británica, especialmente en el segundo cuarto del siglo XIX. Las décadas de los treinta y cuarenta del mismo siglo fueron de hambrunas, igualmente se vivió una recesión comercial acompañada de cambios económicos estructurales sujetos al desempleo obrero masivo, una gran pobreza y la implacable aplicación de la New Poor Law<sup>25</sup>. Enfatizando el lado de la oferta y despreciando la demanda, como lo hace Pomeranz, se produce un cuadro incompleto de las condiciones económicas y las posibilidades ecológicas de Gran Bretaña.

A pesar de todo el azúcar se convirtió en una importante fuente de calorías para la dieta británica en el siglo XIX. Pomeranz por un lado está de acuerdo con Sydney Mintz, pero omite una parte importante de su argumentación, igualmente relacionada con la demanda. Según Mintz, el aumento del consumo azucarero fue un reflejo de las sistemáticas desigualdades sociales británicas, especialmente sexuales y generacionales. Al legitimarse que el varón era el soporte de la familia, los maridos de las familias obreras empezaron a recibir una parte mucho mayor de los gastos domésticos destinados a la comida. Los hombres comían carne y comestibles costosos que se consideraban necesarios para soportar los duros trabajos físicos mientras que niños y mujeres obtenían pocas calorías del barato azúcar. Por tanto, el aumento del consumo azucarero debe colocarse en ese contexto jerárquico de géneros y edades<sup>26</sup>.

Resumiendo, Pomeranz acierta al condenar el relativo olvido que se le ha dado a la dimensión ecológica de la industrialización europea. Aunque las presiones ecológicas pudieron haber jugado un papel decisivo en el atraso chino durante el siglo XIX, es un error considerar dicho factor como el más importante para explicar la divergencia con la economía europea. La mera existencia de recursos no implica una capacidad de explotarlos. Para explicar la divergencia entre Asia y Europa debemos tener en cuenta el desarrollo de esa capacidad de explotación de los recursos disponibles.

21 Michael Greenberg, *British Trade and the Opening of China, 1800-1842* (Cambridge, 1951); repr. New York, 1979), 92; Cotton Trade (East India): Report of the Committee Appointed by the Government of Bombay, on the decline of the Cotton Trade, Parliamentary Papers, 1847 (712), xli, 110.

22 Ver la nota 16 para los cálculos.

23 Ralph Davis, *The Industrial Revolution and British Overseas Trade* (Leicester, 19179), 122.

24 Gregory Clark, Michael Huberman y Peter H. Lindert, "A British Food Puzzle, 1770-1850", *Econ. Hist. Rev.*, 2nd ser, xlviii (1995), 218.

25 Una discusión sobre las décadas mencionadas se encuentra en E. J. Hobsbawm, *Industry and Empire* (New York, 1999), ch. 4; Lynn Hollen Less, *The Solidarities of Strangers: The English Poor Laws and the People, 1700-1948* (Cambridge, 1998), chs. 4, 6.

26 Sydney Mintz, *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History* (New York, 1985), 144-6.

## III

Por más de un siglo, el secreto del desarrollo económico europeo ha sido utilizado para precisar los rasgos que distinguieron a Europa en asuntos económicos, políticos y culturales. Esta apreciación ha producido versiones macrohistóricas o estructurales al tratar con amplias categorías e hicieron profundas generalizaciones acerca de las diferencias esenciales que separan a Europa de Asia. La diversidad en torno a la evolución económica es explicada por esas diferencias. Los escritos de Carlos Marx sobre el capitalismo (un fenómeno exclusivamente europeo), Max Weber sobre la racionalidad instrumental (nuevamente, un producto de la civilización europea) y de E. L. Jones sobre la formación del capital humano (fruto de las condiciones ecológicas y demográficas europeas) son ejemplos fehacientes de esta tradición. Aunque Kenneth Pomeranz rechaza muchos de los anteriores postulados en su *The Great Divergence*, metodológicamente no se diferencia de los mismos. Lo que distingue a Europa, o más precisamente a Gran Bretaña, es la hulla y su conquista del Nuevo Mundo<sup>27</sup>.

Los escritos sobre las diferencias europeas han coexistido con otras apreciaciones de su desarrollo económico en los siglos XVII y XVIII. Muchos de ellos aceptan de alguna manera el excepcionalismo europeo pero enfatizan más sobre los procesos del crecimiento y desarrollo, detallando aspectos como el crecimiento en la agricultura y los pros y contra de la industrialización. En otras palabras, dichos escritos no se han limitado con la simple identificación de la estructura que permitió el crecimiento agrícola e industrial, sino que intentan reconstruir cuidadosamente la vía del crecimiento y los factores que promovieron o impidieron el mismo. Para el caso de Gran Bretaña, Paul Mantoux escribió *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century*, Phyllis Deane produjo *The First Industrial Nation* y E. J. Hobsbawm *Industry and Empire* todas ellas, obras clásicas de esa tradición. Desde luego que esas dos visiones del desarrollo europeo no han estado separadas en compartimientos estancos. Muchas de las principales obras escritas sobre la industrialización, utilizan de manera explícita las comparaciones con Asia. Quizás la más conocida es la de David Landes, *The Unbound Prometheus* (que en cierta forma es el fundamento de su más reciente texto, *The Wealth and Poverty of Nations*)<sup>28</sup>. Sin embargo, para la mayoría, la cuestión de por qué Europa se diferenció, raramente los ha llevado a investigar profundamente el complejo proceso de la industrialización. Por consiguiente, la tarea inmediata es utilizar las visiones comparativas en el análisis de este proceso histórico.

## IV

En el propósito de precisar similitudes en las regiones del centro euroasiático no se deben ocultar sus profundas diferencias. No debe concluirse que dichas diferencias imprimieron ventaja o superioridad a Europa. De hecho, las regiones más desarrolladas de Europa (incluida Gran Bretaña) tenían serias desventajas desde el punto de vista del comercio general textilero y carbonífero, los dos productos manufacturados más importantes del siglo XVIII. Las regiones centrales de Asia, ejemplificadas en el subcontinente indio, tenían una ventaja competitiva especialmente en los textiles algodoneros. La fuente de dicha ventaja descansaba en los bajos precios de los granos, lo que conducía simultáneamente a los hindúes a mantener altos estándares de vida y producir manufacturas a precios muy inferiores a los de sus competidores europeos<sup>29</sup>.

Desde la perspectiva del comercio mundial manufacturero, la diferencia Europea puede ser reinterpretada como fruto de una coyuntura histórica entre las condiciones competitivas globales y las políticas

27 El enfoque de Pomeranz sobre la estructura económica británica también puede explicar el flojo manejo temporal de su análisis. Cuando aborda a Gran Bretaña rápidamente va desde los finales del siglo XVII al término del siglo XIX, pasando por alto la gran transformación de la economía británica en ese lapso.

28 Dichas tesis están casi resumidas en el primer capítulo del trabajo.

29 Ver mi artículo, "Rethinking Wages and Competitiveness in the Eighteenth Century: Britain and South India", *Past and Present*, n° 158 (Feb. 1998).



institucionales europeas --y en específico en Gran Bretaña-- durante los siglos XVII y XVIII. Tomados de conjunto, competencia y políticas estatales contribuyeron mucho en la explicación del camino que llevó al cambio tecnológico y la masiva reorganización de los procesos del trabajo en Europa, el último del cual produjo el mencionado cambio. Este argumento es particularmente fuerte para entender la transformación de las industrias algodonera y férrica. Ambas industrias fueron indispensables en el inicial crecimiento y el más recientes apreciaciones macroeconómicas de la historia económica británica coinciden que entre 1760 y 1830 --primera fase de la divergencia europeo asiática--, el algodón y el hierro constituían la columna vertebral del crecimiento económico británico.

En ese lapso nada más el algodón representaba el 50% de factores productivos del crecimiento manufacturero británico<sup>30</sup>. Sin embargo, sin la industria del hierro, y desde luego la difusión de la máquina de vapor que tomó un impulso apreciable luego de 1830<sup>31</sup>, la mecanización de la industria algodonera pudo producir únicamente una transformación económica leve<sup>32</sup>. Recíprocamente, el auge de la industria algodonera y su inestable tamaño, muestran las importantes contribuciones que hizo a la difusión del hierro y la máquina de vapor. La escala de la industria manchesteriana permitió calibrar el consumo algodonero británico, calculado en ochenta millones de libras en 1815. En el mismo año, el sur de India, país que sólo veinte años antes era uno de los mayores productores de tela algodonera y cuya población casi doblaba a la británica, solamente consumía veinte millones de libras<sup>33</sup>. Para 1850, Gran Bretaña importaba cerca de 1,000 millones de libras de algodón por año. Las ganancias forjadas en Manchester eran necesarias para muchos proyectos económicos del siglo XIX y quizás todavía más importantes en el financiamiento de los primeros ferrocarriles. La industria también fue pionera de numerosas innovaciones. Edificios de hormigón, alumbrado a gas, nuevas normas para las viviendas obreras, producción en serie de componentes productivos y la costumbre de estandarizar las máquinas; todo ello se remonta a la época de la industria algodonera, sin olvidar que esta última estimuló la fundición del hierro, las empresas de construcción y químicas en Glasgow, Lancashire, Yorkshire y Trent<sup>34</sup>.

Llama la atención que los desarrollos tecnológicos de corta duración como los sucedidos en hierro, algodón y la máquina de vapor sirvan para concluir, --como si fueran de la larga duración-- que ello es una prueba de las exclusividades europeas sobre eficiencia tecnológica y creatividad. Pero Pomeranz --y con él otros más-- quedan en deuda cuando hablan del atraso tecnológico asiático. Lo que tecnológicamente distinguía a China e India de Europa eran sus grandes conocimientos en cuestiones agrícolas, especialmente en el control de las aguas y los regadíos. Igualmente, aunque chinos e hindúes tuvieron sofisticadas industrias manufactureras con técnicas y conocimientos ignorados en Europa el cambio tecnológico estuvo centrado en la agricultura. Por tanto, la contradicción no se encuentra entre la dinámica europea versus el estancamiento asiático sino en el curso del desarrollo tecnológico europeo que terminó en una revolución manufacturera. El problema entonces es cómo se explica éste camino hacia el cambio tecnológico.

Para el caso del algodón existen suficientes evidencias que muestran cómo las necesidades exteriores de los textiles hindúes, incentivaron las actividades innovadoras de los algodoneros británicos, al igual que serios

30 N. F. R. Crafts, *British Economic Growth during the Industrial Revolution*, (Oxford, 1985), 85.

31 La máquina de vapor contribuyó significativamente al crecimiento económico británico después de 1830: ver a G. N. von Tunzelman, *Steam Power and British Industrialization to 1860* (Oxford, 1978); Dolores Greenberg, "Reassessing the Power Patterns of the Industrial Revolution: An Anglo-American Comparison", *Amer. Hist. Rev.*, lxxxvii (1982).

32 Tal como la experiencia inicial del siglo XIX en Nueva Inglaterra lo muestra, igualmente pudo haberse producido una espectacular transformación económica basada en la industrialización del algodón y la energía hidráulica.

33 Consultar mi texto, *The Transition to a Colonial Economy: Weavers, Merchants and Kings in South India, 1720-1800* (Cambridge, 2001), 67.

34 S. D. Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution* (London, 1972; repr. 1977), 68.

indicios como encaminaron sus actividades iluminados por esa perspectiva<sup>35</sup>. Samuel Oldknow, el gran maestro algodonero del siglo XVIII, observó cuidadosamente el mercado hindú de las muselinas en Gran Bretaña; su archivo contiene grandes cantidades de correspondencia con sus agentes en Londres sobre los precios de las ropas despachadas, las ventas de la English East India Company, incluso la lista de la subasta de la Company. Desde luego, en los comienzos del siglo los mayores elementos de la industria algodonera en Lancashire, especialmente los diseñadores de Blackburn y Manchester, se inspiraron en los textiles hindúes que buscaron imitar para competir con los mercados de África oriental<sup>36</sup>. Los productores textiles hindúes, por otro lado, no cayeron bajo esas presiones competitivas pues controlaban el mercado mundial algodonero. Dicha situación tampoco la padecieron los textileros chinos pues eran autosuficientes en dichos rubros. Para hindúes y chinos no había necesidad de mecanizarse, racionalizar el trabajo u otras formas de transformación del proceso productivo. Fue a partir de esas innovaciones textiles de mitad del siglo XVIII cuando empezó la gran divergencia entre Europa y Asia; de esa forma Manchester suplantó a los productores indios en los mercados del mundo para finalmente penetrar los mercados de India y China. Por consiguiente, el desarrollo tecnológico textil en el siglo XVIII británico no fue privilegio exclusivo europeo sino una respuesta a las presiones económicas y las necesidades sociales<sup>37</sup>.

Similares diferencias en las presiones competitivas existieron en la industria siderúrgica cuando los manufactureros británicos enfrentaron las baratas importaciones de hierro sueco y ruso. Como ya se ha indicado, en el siglo XVIII los adelantos británicos en la producción férrica, estuvieron estrechamente vinculados a esa competencia, además de que el hierro de India era barato y de alta calidad. Las Compañías Europeas vendían pequeñas cantidades del hierro sueco y español en la India, generalmente transportado como balasto aunque en términos generales la producción local satisfizo la demanda mientras que otro tanto se exportó<sup>38</sup>. Según los informes británicos, desde comienzos del siglo XIX, excepcionalmente acero hindú era vendido en Turquía y Persia<sup>39</sup>. En el caso del hierro, diferencias en la demanda del metal también pudieron haber allanado el camino de la innovación tecnológica. En Gran Bretaña la Marina y el Ejército fueron los grandes compradores y el pudelado y el método rodante pudieron ser estimulados por las necesidades navales<sup>40</sup>. Caso diferente fue el de India donde el atraso de su Armada y los escasos vínculos militares, originados en actitudes muy diferentes con respecto a la política y la guerra, no hubo estímulos estatales iguales para la producción férrica tal como la mostrado André Wink, Dirk Kolff y otros estudiosos del tema<sup>41</sup>.

Esas presiones competitivas mercantiles eran una condición necesaria pero insuficiente para la industrialización europea y su diferencia. Esto queda ilustrado por las diversas formas que asumió el desarrollo económico en Europa Occidental y Oriente Medio. Ambas regiones quedaron bajo las presiones competitivas del algodón de India y las inmensas cantidades de hierro sueco y ruso, pero únicamente Europa respondió adecuadamente a esta competencia. Aunque fueron varios los factores que posibilitaron la

35 Consultar de mi autoría, "Rethinking Wages and Competitiveness in the Eighteenth Century".

36 Alfred P. Wadsworth y Julia de Lacy Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire, 1600-1780* (Manchester, 1931), 148-61.

37 Una brillante interpretación de la industrialización india del siglo XX en términos de las necesidades sociales se encuentra en Rajnarayan Chandavarkar, "Industrialization in India before 1947: Conventional Approaches and Alternative Perspectives", *Mod. Asian Studies*, xix (1985).

38 K. N. Chaudhuri, *The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760*, (Cambridge, 1978), 221. A finales del siglo XVI la Dutch East India Company exportó productos de hierro desde el sur de India hasta Batavia; en 1667 ese comercio estuvo cercano al medio millón de libras. Ver, Tapan Raychaudhuri, "Non-Agricultural Production: Mughal India", en Irfan Habib y Tapan Raychaudhuri (eds.), *The Cambridge Economic History of India*, i, c. 1200-c. 1750 (Cambridge, 1982), 275.

39 Henry Wilkinson, "One the Cause of the External Pattern: or, Watering of the Damascus Sword-Blades", *Fl Roy. Asiatic Soc. Great Britain and Ireland*, iv (1837).

40 J. R. Harris, *The British Iron Industry, 1700-1850* (London, 1988), 39-40.

41 André Wink, "Sovereignty and Universal Dominion in South Asia", *Indian Econ. and Social Hist. Rev.*, xxi (1984); Dirk H. A. Kolff, "The End of an Ancien Régime: Colonial War in India, 1798-1818", en Patrick Tuck (ed.), *The East India Company: 1600-1858*, 6 vols. (London, 1998), v, Warfare, Expansion and Resistance.

respuesta europea al desafío hindú, se considera como elementos decisivos en dicha conducta las ideas políticas y las instituciones de Europa Occidental, y especialmente de Gran Bretaña. Algo más importante, el mercantilismo surgió en Europa occidental como una ideología de formación estatal, mejora económica y disciplina laboral.

Desde por lo menos el siglo XVI algunos ingleses plantearon que era mejor producir para el consumo interno que para el externo sin que importara el mayor costo. Sir Thomas Smith, por ejemplo, declaró en 1549: "Era mejor comprarle más caro las mercancías a nuestro pueblo que adquirirlas más baratas a extranjeros; pues como siempre, las pequeñas ganancias se van y eso es claramente una pérdida nuestra. Por el contrario, las grandes ganancias van de mano en mano pero siempre quedan en el Reino"<sup>42</sup>. Con esta mentalidad económica, el Estado británico y por tanto el inglés, actuaron para proteger al mercado interno de la competencia en materias textil y férrica y de esa manera, dichas ramas productivas innovaron y respondieron a la competencia<sup>43</sup>. Los manufactureros británicos fueron bastante conscientes de la importancia de las políticas proteccionistas. Ya en 1785 un panfletista en Manchester escribió que "un alivio de los impuestos a las muselinas y calicós hindúes, o estimularlos con una baja arancelaria de géneros algodóneros, especialmente en esa naciente producción textil, puede deprimir y desalentar nuestra industria e ingeniosidad"<sup>44</sup>.

En agudo contraste con esas políticas británicas, los turcos otomanos se concentraron en el aprovisionamiento, logrando asegurar mercancías baratas en grandes cantidades. Desde luego hubo excepciones a esta regla general, especialmente cuando se adquirían productos exclusivos del Ejército y el Estado, pero en términos generales la política estatal con respecto al comercio y la producción se mantuvo acorde con dicha regla. Y desde esa óptica, las telas baratas de la India eran bienvenidas. A los otomanos no les importaba si las mercancías eran importadas o no con tal de que fueran suficientes y baratas<sup>45</sup>. En consecuencia, los textileros otomanos no recibieron protección ante las baratas importaciones de telas de algodón provenientes de India. Sin ese aislamiento de la competencia continua, sus esfuerzos por imitar las telas hindúes fueron escasos y fracasados<sup>46</sup>. Algo similar sucedió con el caso de Irán bajo la dinastía de los Safawies donde la libertad dada a las importaciones textiles hindúes, se tradujo en mayores ventas de especies en el Océano Indico. Este desequilibrio comercial creó mayores problemas económicos y políticos y prominentes cifras para explicar el declive que sufrió el gobierno Safawie durante los comienzos siglo XVIII<sup>47</sup>.

42 A Discourse of the Common Weal of this Realm of England, ed. Elizabeth Lamond (Cambridge, 1954), 65 (el título ha sido modernizado). Una revista a muchos proyectos de estas filosofías económicas en auge, puede hacerse en Joan Thirsk, Economic Policy and Projects: The Development of a Consumer Society in Early Modern England (Oxford, 1978).

43 Un discusión sobre la protección al algodón se encuentra en Patrick O'Brien, Trevor Griffiths and Philip Hunt, "Political Components of the Industrial Revolution: Parliament and the English Cotton Industry, 1660-1774", Econ. Hist. Rev., 2nd ser., xlv (1991). Según Julia de Lacy Mann, "esa protección fue casi totalmente responsable del uso del algodón inglés por parte de los estampadores. Sin el estímulo artificial de 1721, hubiera sido casi imposible lograr incentivos suficientes para producir la cantidad necesaria de hierro prevaleciente en el período 1795-1815 no fue un simple reflejo de 144. En el caso del hierro, Charles Hyde escribió, "El alto precio del lingote de hierro prevaleciente en el período 1795-1815 no fue un simple reflejo de la alta demanda en tiempos de guerra. La política tarifaria gubernamental durante esos años conservó de manera artificial los altos precios del hierro y permitió a los herreros británicos dirigir a los competidores externos desde el mercado interno": Hyde, "Technological Change", 204.

44 John Wright, M.D., An Address to the Members of Both Houses of Parliament on the Late Tax Laid on Fustian and Other Cotton Goods (Warrington, 1785), 9-10.

45 Halil İnalçik, "The Ottoman State: Economy and Society, 1300-1600", en Halil İnalçik y Donald Quataert (eds.), An Economy History and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914, 2 vols. (Cambridge, 1994), I, 44-54; Mehmet Genç, "Ottoman Industry in the Eighteenth Century: General Framework, Characteristics and Main Trends", en Donald Quataert, (ed.), Manufacturing in the Ottoman Empire and Turkey, 1500-1950 (Albany, 1994); Şevket Palmut, A Monetary History of the Ottoman Empire, (Cambridge, 2000), 11-5.

46 Halil İnalçik, "The Ottoman Cotton Market and India: The Role of Labor Cost in Market Competition" en su obra The Middle East and the Balkans under the Ottoman Empire: Essays on Economy and Society (Bloomington, 1993); Halil İnalçik, "When and How British Cotton Goods Invaded the Levant Markets", en Huri İslamoğlu-İnan (ed.), The Ottoman Empire and the World Economy (Cambridge, 1987), 374-5.

47 John Foran, "The Long Fall of the Safavid Dynasty: Moving beyond the Standard Views", Internat. J. Middle East Studies, xxiv (1992). Mayores detalles sobre las importaciones textiles de India hacia Irán se encuentran en Rudiger Klein, "Trade in the Safavid Port City Bandar Abbas and the Persian Gulf Area (ca. 1600-1689): A Study of Selected Aspects" (Univ. of London Ph. D. thesis, 1994), ch. 5. Para una discusión general sobre las políticas económicas del Estado Safavid, ver Rudolph P. Matthee, The Politics of Trade in Safavid Iran: Silk for Silver, 1600-1730 (Cambridge, 1999), 61-74.

El Estado también hizo una contribución vital a la divergencia económica británica a través de la disciplina laboral. La estricta reglamentación, la prolongación de la jornada laboral, y el auge de nuevas formas organizativas del trabajo tales como la fábrica, fueron cruciales en la industrialización y desarrollo económico durante los siglos XVIII y XIX en Gran Bretaña<sup>48</sup>. Eso cambió incrementaron la "eficiencia" de la fuerza laboral y abarataron los costos productivos, permitiendo a los manufactureros británicos responder a la presiones de la competencia. Según George Unwin, en el caso de Samuel Oldknow, "El efecto combinado de la competencia India con la experiencia de Lancashire y Escocia le dio un impulso mayor a Oldknow en la adopción del sistema fabril"<sup>49</sup>. Esta reorganización de la vida laboral para satisfacer las necesidades de los fabricantes dependía fuertemente de las políticas y regulaciones estatales, como también lo eran medidas como las Leyes de Combinación, límites a la movilidad laboral y las regulaciones de los contratos de trabajo<sup>50</sup>. Esas políticas estatales eran de larga data en Gran Bretaña, pero estaban justificadas en el pensamiento mercantilista, profundamente interesado en el problema laboral a nombre de la riqueza nacional y la competitividad<sup>51</sup>. Las relaciones existentes entre el Estado y los trabajadores en la Gran Bretaña durante el siglo XVIII no eran conocidas en gran parte de Asia. En la India el control de la masa laboral a través de la fuerza estatal sólo se introdujo con la llegada del dominio colonial británico<sup>52</sup>. En el imperio otomano y en el Irán Safawies sucedió igual cosa. Un historiador ha estudiado el caso de Irán estableciendo que campesinos y trabajadores siempre gozaron del derecho de rebelión y la libertad de huir<sup>53</sup>. En el Imperio Otomano, las gildas continuaron disfrutando su privilegiado monopolio durante todo el siglo XVIII<sup>54</sup>. Probablemente el fracaso de los textiles y comerciantes del Medio Oriente para competir con los algodones indios parcialmente se originó en unos sueldos bajos y su incapacidad para controlar la masa laboral. Por consiguiente, las instituciones políticas que dirigieron lo laboral en Gran Bretaña fueron esenciales para la divergencia económica del siglo XVIII.

## V

Con el texto *Great Divergence*, Kenneth Pomeranz ha trasladado el debate sobre el desarrollo económico euroasiático a un terreno totalmente novedoso. Sus sofisticadas e innovadoras comparaciones entre las regiones de Asia central revelan un mundo de sorprendentes similitudes. A partir de este estudio, será difícil seguir sosteniendo las trasnochadas tesis de la superioridad europea. Gracias al estudio comparativo de Pomeranz ahora el debate sobre la gran divergencia tendrá otras dimensiones. No obstante, en ese terreno hay todavía mucho espacio para diversos enfoques sobre los factores que producen las diversidades y los historiadores necesitarán ir más allá de la gran comparación y considerar detalladamente las interacciones entre las regiones de Eurasia Central. No sólo deberemos considerar los factores ecológicos, sino también la tecnología, el Estado y la fuerza laboral.

Boston College, Massachusetts. Prasannan Parthasarathi

48 Es asombroso que en el siglo XVIII ninguna parte de Asia viviera el gran aumento en la jornada laboral que se experimentó en Gran Bretaña. Para el caso, ver Hans-Joachim Voth, *Time and Work in England, 1750-1830* (Oxford, 2000).

49 George Unwin, *Samuel Oldknow and the Arkwrights: The Industrial Revolution at Stockport and Marple*, 2nd edn (New York, 1968), 98. El subrayado es nuestro.

50 Para una discusión mayor, ver T. S. Ashton, *An Economic History of England: The 18th Century* (London, 1995), ch. 7; John Rule, *The Experience of Labour in Eighteenth-Century Industry* (London, 1981); Peter Linebaugh, *Theories of the Later English Mercantilists* (Boston, 1920).

51 La obra clásica sigue siendo, Edgar S. Furniss, *The Position of Laborer in a System of Nationalism: A Study in the Labor Theories of the Later English Mercantilists* (Boston, 1920).

52 Consultar mi texto *Transition to a Colonial Economy*, ch. 5.

53 Roger Savoir, "Notes on the Safavid State", *Iranian Studies*, I (1968), 98. Esto explicaría en parte la observación de Jean Chardin que el campesinado en el Irán Safavid estaba mejor que su contraparte de Europa Occidental: ver Roger Savoir, "The Safavid State and Polity", *Iranian Studies*, vii (1974), 185-6; Amin Banani, "Reflections on the Social and Economic Structure of Safavid at its Zenith", *Iranian Studies*, xi (1978), 97.

54 Bruce McGowan, "The Age of the Ayans, 1699-1812", en Inalcik y Quataert (eds.), *Economic and Social History of the Ottoman Empire*, ii, 695-709.